

EL HOMBRE Y YO

MIGUEL OSCAR MENASSA

© Editorial Grupo Cero
© Miguel Oscar Menassa
ISBN: 84-9755-068-4
Depósito Legal: M-36231-2005
Impreso en España

**¿QUÉ QUIERE DECIR YO SOY UN HOMBRE
CUANDO SOY YO EL QUE HABLA?**

1

¿Acaso una luciérnaga
cansada de volar, de iluminar la nada,
se posará sobre mis hombros quietos
y me hará feliz?

¿O tal vez soy el hombre
que se inunda de besos
y no consigue nunca
dejar la soledad?

2

¿Mujer independiente o
tigre liberado de la selva?
¿Hombre o calmante
vitaminado para los nervios?

¿Soy acaso el que piensa
que nunca llegaremos
o el iluso que se levanta
todas las mañanas
para vivir un nuevo porvenir?

3

¿O bien seré, feliz mujer
que triunfó en la vida
por no haber vivido casi nada
y escribirlo todo?

Belleza la de un hombre
dejándose llevar
por una palabra fracturada,
partiéndose,
también él, en su sonido.

4

Niño y anciano
preguntándose, al unísono,
los acordes posibles
del mundo en que vivimos:
Parece que la vida no comenzará nunca.
Parece que la vida ya se terminó.

No se cuál de estos hombres
será mi dueño un día
mas comienzo diciendo una verdad:
la lucha es cruel,
las ambiciones imperfectas.

5

Ella me quiere para sí,
mas siempre dice no.
Después, cuando se duerme
cansada de luchar,
sueña que el mundo
se detiene a su lado
y ella abre sus piernas,
abre sus piernas
y ya quisiera ser,
totalmente, del mundo
y ya quisiera
que el mundo se haga carne
y el mundo, ensombrecido,
sueño o prisión, desaparece
y ese pozo sin luz,
ese vacío es,
justamente,
lo que la mujer ama.

6

Un hombre que no sabe
reír cuando se ríe,
que no sabe llorar
aunque lo diga un tango.
Un hombre
sin círculos ni rectas.
Un ave, mas María,
que no sabe volar.

7

Después, un día,
un santo me bendice
y ya soy otro más,
también, bendito.
Abandono mujeres,
espacios deportivos,
y me arrodillo
sobre dura piedra invernal
y rezo
continuos avatares de mi vida:
¡Cuánto dolor, Señor, lleva mi alma
cuando me toca en suerte
un amo que no quiere ser mi amo
y sólo me usa y me desprecia!

8

Hay mujeres en mí
que aman la vida
y mujeres que aún
no han comenzado a amar
y otras que se fueron
y otras que vinieron
y otras que volaron hasta llegar
al alma que no tengo
y plantaron lo que no tenían
en donde nada había
y construyeron
un amor verdadero,
pero invisible.

Nadie veía nada,
nadie tocaba nada
mas todos oímos
el estruendo de horror
del verdadero amor
desapareciendo.

9

Y hubo hombres en mí
que desde la mañana
ya estaban satisfechos
y cansados
y se quedaban acostados,
quietos, como muertos
esperando
que alguien los amara.
Y alguien los amó,
droga o mujer sin rumbo
y, el pobre hombre,
que ya no sabía hablar
se quedó ahí
donde había estado
siempre
toda su vida quieto,
como muerto.

10

Mujeres, hombres,
perfiles de panteras,
cocodrilos hambrientos
y volcanes en flor,
la selva ciudadana,
la ciudad selvática,
el viento de la música,
la densidad de la palabra,
se abren en mí,
ponen mi alma a florecer,
al sonido
de los tambores libertarios
del sexo y la locura.

Sexo de la deriva que nada ama.

Locura de la flor que nadie ha conocido.

11

Nada nos será dado de la libertad
sin arrancarla de nuestros corazones.
Sexo que no consiguió
sino el poema.
Locura que brilló,
sólo un instante.

Fueron palabras
todos mis odios,
todos mis amores,
el sexo y la locura
fueron palabras
hasta la libertad,
sólo palabras.

12

Eran caminos
donde el hombre en mí
vivía y no vivía,
se retorcía de dolor
y al mismo tiempo
la alegría
le calaba los huesos.

Era libre y sencillo,
moría y no moría
al mismo tiempo,
le pasaban los años
y los años
eran todos de un verso.

13

Y siempre tuve en mí,
desde la juventud,
un hombre delicado y amable
que versos escribía
y besos daba por doquier.
Un hombre que pensaba
que el pan
era posible para todos.

Y ese hombre luchó
en todas las batallas
queriendo cambiar
el orden de las cosas.

Se levantaba y
desde temprano, al alba,
ya quería
que el mundo fuera otro.
Y se golpeaba
una mano contra la otra
y pateaba
con fuerza la vereda
y hacía chocar su delicado cuerpo
contra los trenes en movimiento.

14

Cuando encontraba a una mujer,
se arrodillaba
y no era que quería rezar
o lo supiera hacer,
era para pedir perdón
que inclinaba su ser
frente a la virgen.

Nunca pudo amarla, sólo la temía.

15

Ella en mí
se encontraba y desaparecía
mas cuando asentaba su poder
sobre mí,
estaba todo el tiempo
pero invisible
y no era que el sexo se podía
o no se podía
o que la libertad se permitiese
o no se permitiese.

Sexo, locura y libertad,

tienen en común
cuando se dejan caer
sobre los hombres,
cuando consiguen
invadir sus células,
cuando penetran
por su respiración,
cuando contaminan
todos sus decires,
lo hacen con tal fuerza,
con tal soberbia ganadora,
que el hombre,
el hombre poderoso,
el de las armas hasta el corazón,
cual leve mariposa,
es capaz de morir,
libre, enamorado,
y totalmente loco.

Y la mujer que todo aprende,
aunque no diga nada,
y que no quiere morir
aunque se muera,
decide vivir libre,
enamorada y loca
aunque nadie
se lo permita o quiera.

16

La niña que se pasa todo el día
creando nuevas realidades
con sus fantasías.

Tierno niño que espera
con fervor, algún día,
quedar embarazado.

Mujeres que, después
hasta la muerte
se pasan todo el tiempo
lamentándose,
no haber tenido un hijo.

Hombres que se dan cuenta,
tal vez, un poco tarde,
que para poder tener un hijo
tienen que amar, primero,
a una mujer.

17

Ella quiere
y no quiere todo el tiempo.
Él quiere siempre
o no quiere nunca.
Es imposible una foto con los dos y,
sin embargo, se casan, viven juntos,
tienen algunos hijos,
se enferman y se mueren,
los dos el mismo día,
casi a la misma hora,
pero nadie puede decir
que se hayan conocido.

18

En mí viven:
un trabajador asalariado,
una mujer obrera,
un niño abandonado
y la embarazada suicida
que se mató
porque no pudo aceptar,
de ninguna manera,
haberse dejado penetrar
por líquidos extraños.

19

El hombre aquél
que no se quiso arrodillar,
que caminaba tieso
para no doblgarse,
sincero como nadie,
verdadero siempre,
murió a mediana edad
paralizado y solo.

20

Y el dictador
soberbio y despiadado
que me obliga
todo el tiempo a matar,
enajenar,
despedazar o pervertir,
todo lo que no piensa
como piensa él.

Y después en el mundo
sólo viven sus sueños.
Esos días,
cuando el tirano me doblega,
no existe la belleza,
ni el rubí, ni la flor,
ni el amor, ni el odio,
ni siquiera el poema.
Todo el goce,
todo el placer que existe,
nadie puede gozarlo
sólo el tirano.

Y para mí,
sólo queda soñar,
soñar, intensamente,
que algún día,
cuando el tirano muera,
podré vivir en libertad,
conocer el amor
pero ya será tarde:
si espero,
para sentirme libre,
que el tirano muera,
al morir el tirano
me daré cuenta
que el tirano
soy yo.

21

Tengo, también, conmigo,
la pordiosera joven
que no quiere,
por nada del mundo, trabajar
y el médico comprensivo
que vive, intensamente,
todas las enfermedades,
aun las que no existen,
y una bujía loca
que se enciende y se apaga,
sin tener en cuenta las estaciones
ni mis estados de ánimo,
ni las guerras.
A veces,
cuando intento amar
en las penumbras
la bujía se enciende
iluminando todo con locura.
Lo que quería ser secreto,
se hace público y, tampoco,
nadie le encuentra explicación.

22

Y, a veces,
soy la mujer sembradora
de todas mis desgracias,
de todos mis fracasos.
Quiero que alguien me ame
pero no quiero amar,
quiero vivir como una reina
pero no tengo rey
y cuando me empobrezco
por haber creído
tener lo que no había
y no tenía nadie,
quiero que el mundo todo,
sostenga mi locura
que es, precisamente,
vivir sola en el mundo
y cuando mi amado
venga a preguntarme
qué hice
con nuestro amor grandioso
yo le diré: no me di cuenta,
no me di cuenta
que lo nuestro era amor,

no me di cuenta
que las plantas se riegan,
no me di cuenta
que un bebé necesita
el calor de una piel
y ser amamantado.
No me di cuenta
que el amor no existe
a menos que lo hagamos.
No me di cuenta,
y esto lo más terrible,
que nuestra poesía
era poesía.

Y tuve envidia
de todo lo que crecía
y hubo días terribles,

desconcertantes,
donde llegué a envidiar
el crecimiento
de tus blancos cabellos,
de tus uñas.

Y, después, tu ropa,
tu elegancia al hablar
la manera
en que otras mujeres te saludaban,
el modo libertario de utilizar el dinero
que ganabas en tus horas de trabajo.

Todo me parecía indigno para mí.

Cuando me dabas algo de dinero
que, por otra parte, nunca fue tanto,
lo tiraba
y ese día me quedaba sin comer
pero mis manos seguían limpias.

Y cuando gozaba
sexualmente en tu presencia,
me mutilaba,
entorpecía mi cerebro,
en lugar de gozar
me ponía celosa y deliraba.
Te perseguía,
me salían granitos en el culo
para avergonzarte
de lo que habías hecho.

Cualquier detalle sin importancia
en la cocina
o en el baño
o sobre la mesita de noche
o una fotografía antigua
donde sonreías,
todo lo utilizaba
para hostigarte con mis delirios
y, a decir verdad, me gustaba,
me hacía gozar
verte enfurecido con mis cosas

y a pesar
que siempre tuve miedo
que un día me mataras
yo gozaba con eso:
hacerte enfurecer.

Una alegría honda, nunca vista,
invadía mi ser cuando mis palabras
rompían el pedestal que te sostenía
y tú, caías, humanamente hablando,
en mi boca y eso,
era para mí, todo el amor.

23

Hombres de mí,
mujeres de mí,
niños y ancianos de mí,
vida y muerte de mí,
os convoco al poema.
El poema es, también,
el aire que corre.
La vida plena
nunca es el poema
pero la corteza
dura de un recuerdo
que se rompe
al hablar y se disuelve
es poesía
si la deajo fluir
como una ausencia,
como una voz sonora
que nunca fue.
Y el amanecer
es poesía cuando el sol
surge desde los senos
ardientes de mi amada
y hasta los senos
de la amada nocturna son poesía
cuando su desnudez
entrelaza lo humano y lo divino.

24

Sexo de fuego
que se fue haciendo agua,
agua molida a palos
que se fue haciendo amor.

Además, la poesía tiene el don
de combinar, alegremente,
lo bello con lo feo,
lo muerto con lo vivo,
el dolor con la risa,
el corazón ardiente
de una noche de fiesta
con la serpiente alada
que no puede morir.
La poesía es capaz
de combinar el astro sol
con la soberbia
de un candil apagado

y cuando todo oscurece,
el mundo dice muerte
pero la inaudita poesía
puede combinar
oscuridad con nacimiento,
noche cerrada
con comienzo del baile
y negro, negrísimo,
requetenegro
con rojo carmesí,
sexo y locura.

Y si alguien nos dijera
que hay algo
más negro que lo negro,
yo le diré: mi amor,
mi poesía,
la muerte de lo negro
no es la muerte,
es una época sin luz,
es Goya.

25

Hay en mí un pintor
que no le teme a nada
ni a hombres ni a mujeres
ni a color alguno
ni a trazos, ni a distancias,
ni a figuras lejanas
ni al rutilante negro de la muerte.
Mi verdadera revolución
acontece en el lienzo,
cuando un color que no se debe
se mezcla, con belleza,
con un color que no se puede.

26

Y hay tardes brutales
donde soy
el pobre hombre
que cuenta su dinero
y se acerca mi mujer,
me besa dulcemente
y yo le digo, 500, 500, 500,
ella se separa de mí,
bruscamente,
y me dice:
eres siempre el mismo,
y yo le digo:
500, 500, 500
y le pego
con las dos manos
al mismo tiempo
hasta hacerla sangrar.

Ella me escupe
su sangre a los ojos
y me enceguece
y me grita:
cornudo,
 cornudo,
 cornudo
y yo,
mientras intento matarla,
le digo: 500, 500, 500.

27

Después, el hombre
de los negocios importantes,
de los triunfos
que nunca se realizan.
A veces
su afán de sobresalir
es tan exagerado
que de tanto no hacer
ningún negocio
y no triunfar en nada
se mata
o se pervierte
y así, se hace notar.
Y al mirarse al espejo
y sin salir, nunca más,
de su celda,
se siente un hombre
de negocios,
un triunfador.

28

Y vivieron dentro de mí,
hombres cobardes,
mujeres timoratas,
ancianos vencidos,
niños sin crecer,
jóvenes destruidos.
Hombres
donde la cobardía
llegaba hasta el ridículo,
se transformaban en carceleros
de su propia agonía,
tenían miedo de empobrecerse
y se empobrecían,
tenían miedo de ser abandonados
y eran abandonados
y tenían miedo de caminar,
de correr, de volar,
hasta de escribir
y de morir tenían miedo

y siempre tuvieron razón en todo:

murieron sin llegar
a escribir ni leer nada,
pobres, abandonados,
tal cual como vivieron,
temblando,
llenos de miedo,
inmóviles.

29

Mujeres que preferían
el castigo a la libertad.
Ancianos que esperaban
ser cuidados
por sus seres amados.
Niños que,
si su mamá no les daba
de comer en la boca,
no comían.
Jóvenes que se mutilaban
para ser sabios
antes de tiempo.

30

Hombres y mujeres
viven en mí,
amantes
de los objetos inanimados.

Para ciertas mujeres
hay ventanas,
tardes de verano,
recuerdos infantiles,
sedas naturales y refrescos,
más importantes
que su hombre amado.
Para ciertos hombres
sus dineros,
alguna piedra ornamental,
algunos distintivos,
son más importantes
que su mujer no amada.

31

Yo soy
el profesor de matemáticas
que no sabe sumar,
la luz desgarradora de un rayo,
vencido, sin tormenta,
el porvenir sin hombre,
el amor sin mujer,
el cielo totalmente azul
y sin estrellas, apagado.

Soy, al mismo tiempo,
eso que permanece
y esa nada que sobra.
La risa del canalla
y un cuerpo abandonado.
El mismo canalla llorando,
desesperadamente,
al darse cuenta
que el cuerpo abandonado
es su madre.

32

Y la mujer
que llora todo el tiempo,
porque quiere bendecir
la tierra con su llanto
y quiere bendecir
todos los papeles escritos
con su llanto.
Y llora sin parar,
nieve o memoria
y tan soberbio el llanto
que llega hasta el orgasmo.
Llanto desafinado, entonces,
lágrimas saltando con fervor,
músculos endurecidos
cerca del estallido,
sangre marcando el compás
a velocidades supersónicas.
Carne y basura,
símbolo y cielo
estallando al unísono,
mas sin que nadie
pueda constatarlo.
Ni ella misma
es capaz de decir:
lágrima o sueño,
burbuja o realidad,
perfecto manantial
que fluye permanente
o goteo interminable
de un grifo imperfecto,
que sin saber
nada del agua la retiene.

Como me pasa a mí con la mujer,
a veces,
sin saber nada de ella
quiero que sea mía,
sin conocer
los secretos de su piel,
quiero que el goce
nazca en ella

haciendo
el ademán de acariciarla
y Ella
la que nadie pudo conocer,
ni aún
tratándose del viento o Dios,
decide que el cantor
ha de tener su presa
y Ella misma se ofrece
cual liebre hipnotizada
y entrega su cabeza
para que se la corte
y en ese gesto
Ella, es San Juan Bautista
y yo, soy la putita
que baila y asesina.

33

Amanecemos los dos
tendidos en el aire,
en los recuerdos de la fiesta,
haciendo de cuenta
que todo fue soñado
salimos despedidos
en direcciones diferentes.
Yo me dejo llevar
por el sonido del sol
y volando me incendio
y me hago llama.
Ella se deja llevar
por la atracción de la tierra
y conoce por fin
el centro mismo de su cuerpo.

Mañana
habrá en el Universo,
una pequeña llama
con mi nombre,
perdida para siempre
entre otras llamas
y un centro
con nombre de mujer,
en el propio centro de la tierra
que no podrá
perderse ni encontrarse
porque llama y palabra
son palabras
pero su cuerpo
siempre es algo más,
por eso tan desconocido,
tan imposible de decir,
tan suyo, tan del mundo,
tan de nadie.

34

Hay en mí
un soldado de la libertad,
que es el mismo soldado
que defiende mi pan,
el mismo
que se enamora antes de partir.

Un soldado en plena libertad
con un pan en sus manos
y enamorado,
no hará la guerra, no,
ni matará
a nadie por la espalda
ni violará,
ni robará al vencido
y, entonces,
ya no será soldado

y terminará

sus días en la cárcel
por haberse negado a matar
a niños desarmados
jugando en la vereda
y, después, en la cárcel
alguien lo matará
algún superior,
algún compañero,
por traidor.

35

Y hoy,
en estos días del año 2002,
hay un hombre en mí
que al levantarse dice:

La poesía la harán otros,
otros harán todo el trabajo
otros,
comida y agua, proveerán:

Yo, mientras tanto,
romperé la baraja.

Ya sin destino
por haberlo hecho
tocaré con mis versos
el centro de lo negro
y lloraré
por el alma que no pude tener.

Otros harán la guerra y el amor
otros harán la locura y el tiempo
yo, mientras tanto,
seré mi propia creación.

36

He de morir un día
y un día he de vivir
y cuando mis manos
pierdan la alegría
morirá un poeta.
Y es una casa limpia
lo que ambiciono
para el lejano y cercano
día de mi muerte.
Una casa vacía,
sin puertas,
sin ventanas,
sin nadie
que quiera tomar el sol, el aire.

Mis seres queridos
preparando la fiesta
y a mi lado
dejándome morir,
el rugido inmortal
de los cien mil poetas
que hicieron de mi vida
este cantar.

EDITORIAL GRUPO CERO

c/ Duque de Osuna, 4 local. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 541 73 49

Carlos Pellegrini 833, 4º C, 1er. Cuerpo. 1009 Buenos Aires, Argentina.

Teléfono 4966 17 10/13

www.editorialgrupocero.com